

TEMPLO HERMANA TERESA



"Ser Luz"

24/05/2025





“Ser Luz”

Queridos hermanos, hermanas en el camino de esta vida:

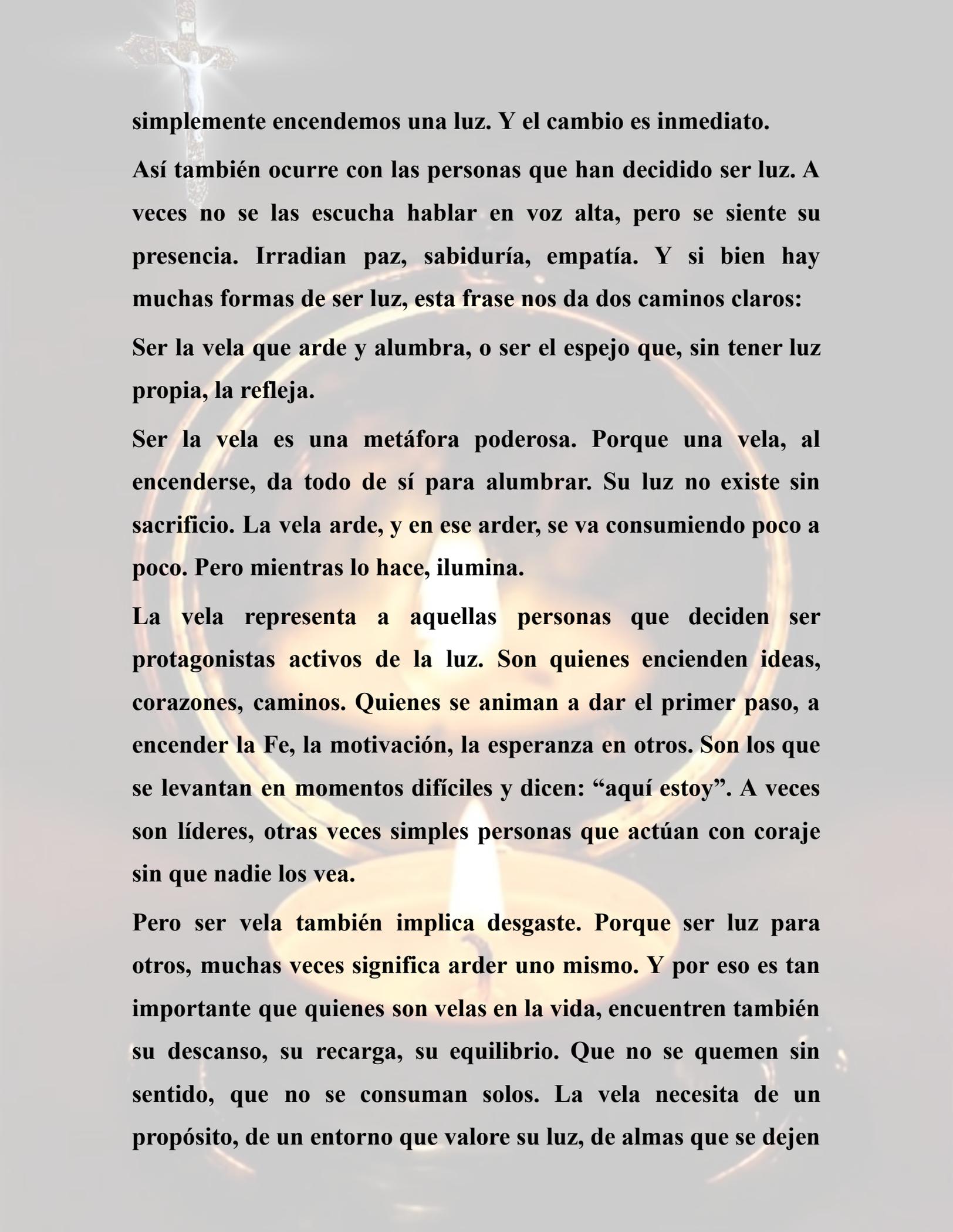
Nos encontramos hoy en esta Ceremonia y queremos reflexionar, con todos ustedes, sobre una frase que Carlos nos compartió, y aunque es corta, tiene la fuerza de iluminar no solo un pensamiento, sino toda una forma de estar en el mundo. La frase es simple pero profunda:

“Hay dos maneras de ser luz: ser vela o el espejo que la refleja.”

Estas palabras nos invitan a mirar hacia dentro, a reconocer quiénes somos y cómo queremos participar en la existencia de los demás. Porque en definitiva, todos los seres humanos —todos, sin excepción— tenemos en algún rincón del alma una chispa de luz que pide ser encendida o reflejada. Y el cómo lo hagamos, marcará la diferencia en nuestro entorno, en nuestra familia, en nuestra comunidad, y, por qué no, en el mundo.

Antes de hablar de velas y de espejos, detengámonos un momento a pensar: ¿Qué significa ser luz?

Ser luz es ser guía, ser esperanza, ser calor en medio del frío, ser claridad en medio de la confusión. La luz no grita, no empuja, no hiere. La luz simplemente es. Ilumina sin pedir permiso, sin arrogancia, sin necesidad de que la noten. Cuando una habitación está oscura, no discutimos con la oscuridad:



simplemente encendemos una luz. Y el cambio es inmediato.

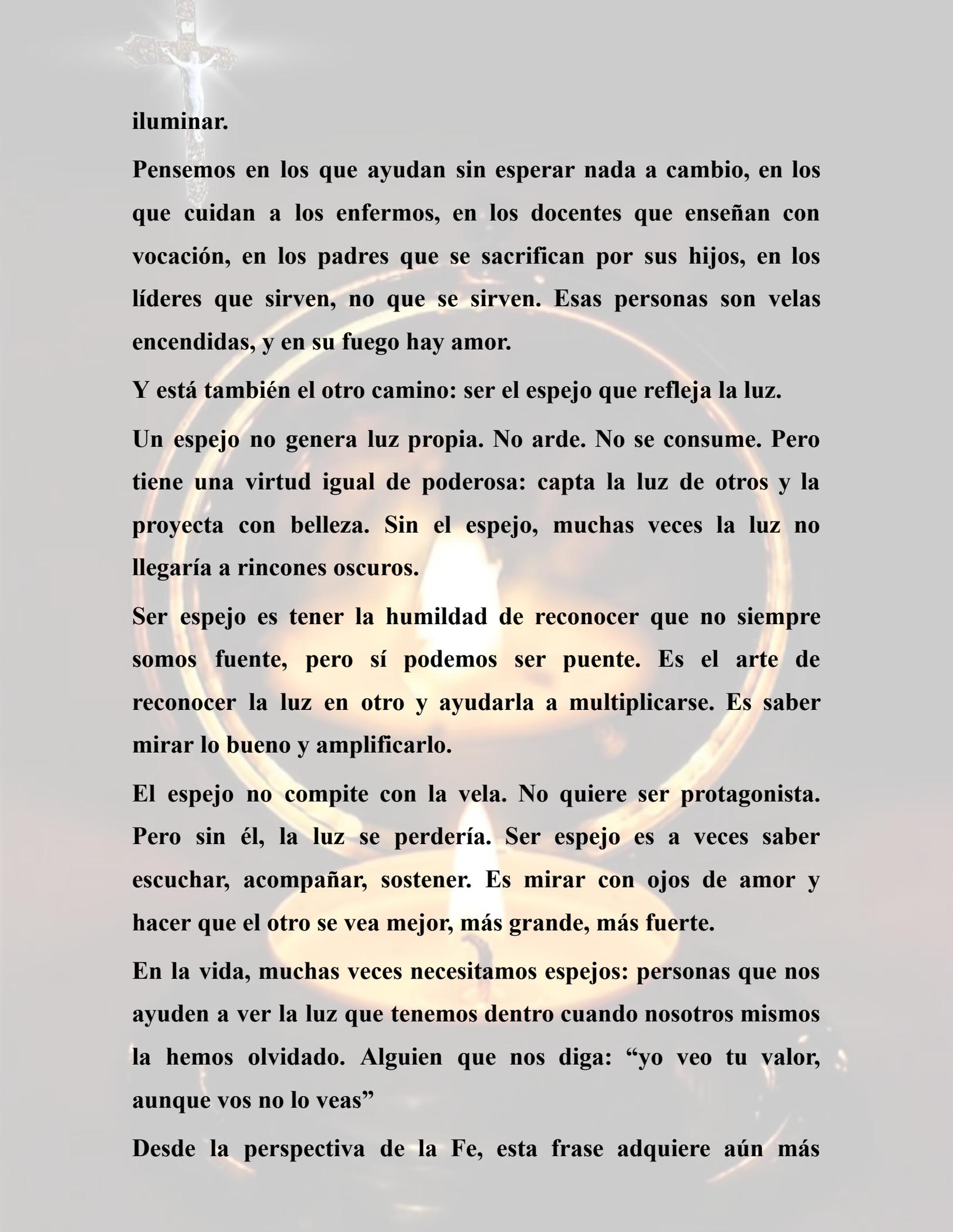
Así también ocurre con las personas que han decidido ser luz. A veces no se las escucha hablar en voz alta, pero se siente su presencia. Irradian paz, sabiduría, empatía. Y si bien hay muchas formas de ser luz, esta frase nos da dos caminos claros:

Ser la vela que arde y alumbra, o ser el espejo que, sin tener luz propia, la refleja.

Ser la vela es una metáfora poderosa. Porque una vela, al encenderse, da todo de sí para alumbrar. Su luz no existe sin sacrificio. La vela arde, y en ese arder, se va consumiendo poco a poco. Pero mientras lo hace, ilumina.

La vela representa a aquellas personas que deciden ser protagonistas activos de la luz. Son quienes encienden ideas, corazones, caminos. Quienes se animan a dar el primer paso, a encender la Fe, la motivación, la esperanza en otros. Son los que se levantan en momentos difíciles y dicen: “aquí estoy”. A veces son líderes, otras veces simples personas que actúan con coraje sin que nadie los vea.

Pero ser vela también implica desgaste. Porque ser luz para otros, muchas veces significa arder uno mismo. Y por eso es tan importante que quienes son velas en la vida, encuentren también su descanso, su recarga, su equilibrio. Que no se quemen sin sentido, que no se consuman solos. La vela necesita de un propósito, de un entorno que valore su luz, de almas que se dejen



iluminar.

Pensemos en los que ayudan sin esperar nada a cambio, en los que cuidan a los enfermos, en los docentes que enseñan con vocación, en los padres que se sacrifican por sus hijos, en los líderes que sirven, no que se sirven. Esas personas son velas encendidas, y en su fuego hay amor.

Y está también el otro camino: ser el espejo que refleja la luz.

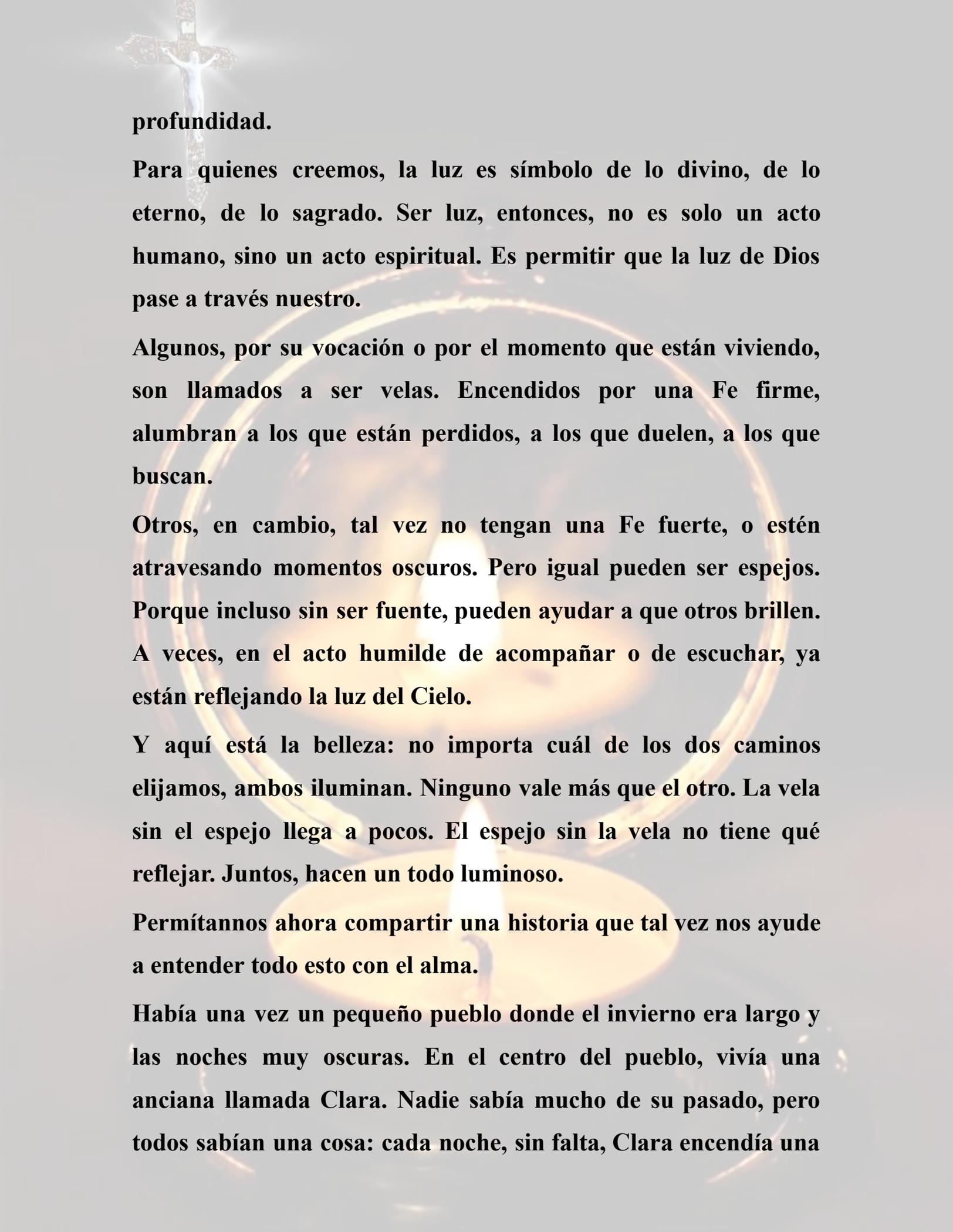
Un espejo no genera luz propia. No arde. No se consume. Pero tiene una virtud igual de poderosa: capta la luz de otros y la proyecta con belleza. Sin el espejo, muchas veces la luz no llegaría a rincones oscuros.

Ser espejo es tener la humildad de reconocer que no siempre somos fuente, pero sí podemos ser puente. Es el arte de reconocer la luz en otro y ayudarla a multiplicarse. Es saber mirar lo bueno y amplificarlo.

El espejo no compite con la vela. No quiere ser protagonista. Pero sin él, la luz se perdería. Ser espejo es a veces saber escuchar, acompañar, sostener. Es mirar con ojos de amor y hacer que el otro se vea mejor, más grande, más fuerte.

En la vida, muchas veces necesitamos espejos: personas que nos ayuden a ver la luz que tenemos dentro cuando nosotros mismos la hemos olvidado. Alguien que nos diga: “yo veo tu valor, aunque vos no lo veas”

Desde la perspectiva de la Fe, esta frase adquiere aún más



profundidad.

Para quienes creemos, la luz es símbolo de lo divino, de lo eterno, de lo sagrado. Ser luz, entonces, no es solo un acto humano, sino un acto espiritual. Es permitir que la luz de Dios pase a través nuestro.

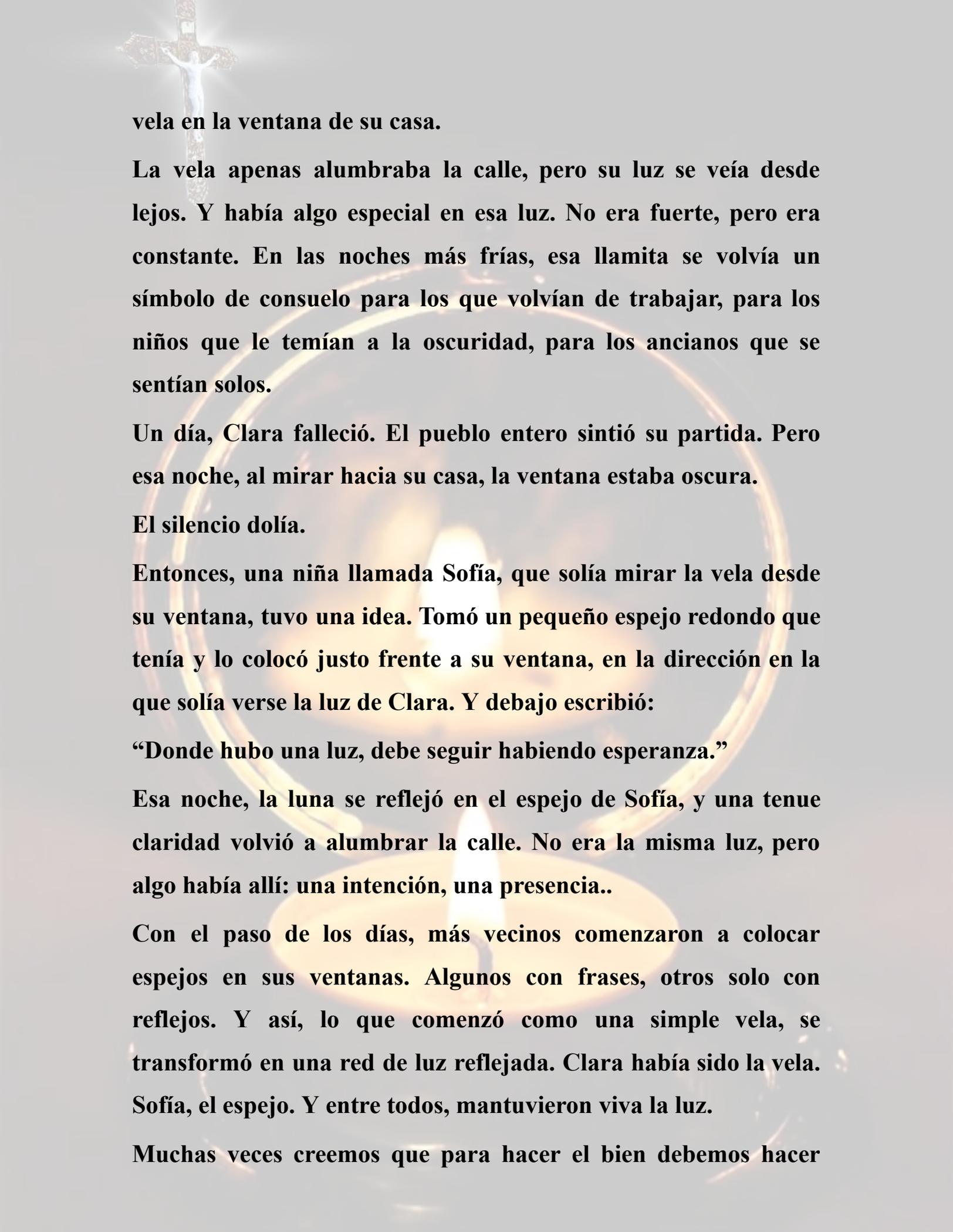
Algunos, por su vocación o por el momento que están viviendo, son llamados a ser velas. Encendidos por una Fe firme, alumbran a los que están perdidos, a los que duelen, a los que buscan.

Otros, en cambio, tal vez no tengan una Fe fuerte, o estén atravesando momentos oscuros. Pero igual pueden ser espejos. Porque incluso sin ser fuente, pueden ayudar a que otros brillen. A veces, en el acto humilde de acompañar o de escuchar, ya están reflejando la luz del Cielo.

Y aquí está la belleza: no importa cuál de los dos caminos elijamos, ambos iluminan. Ninguno vale más que el otro. La vela sin el espejo llega a pocos. El espejo sin la vela no tiene qué reflejar. Juntos, hacen un todo luminoso.

Permítannos ahora compartir una historia que tal vez nos ayude a entender todo esto con el alma.

Había una vez un pequeño pueblo donde el invierno era largo y las noches muy oscuras. En el centro del pueblo, vivía una anciana llamada Clara. Nadie sabía mucho de su pasado, pero todos sabían una cosa: cada noche, sin falta, Clara encendía una



vela en la ventana de su casa.

La vela apenas alumbraba la calle, pero su luz se veía desde lejos. Y había algo especial en esa luz. No era fuerte, pero era constante. En las noches más frías, esa llamita se volvía un símbolo de consuelo para los que volvían de trabajar, para los niños que le temían a la oscuridad, para los ancianos que se sentían solos.

Un día, Clara falleció. El pueblo entero sintió su partida. Pero esa noche, al mirar hacia su casa, la ventana estaba oscura.

El silencio dolía.

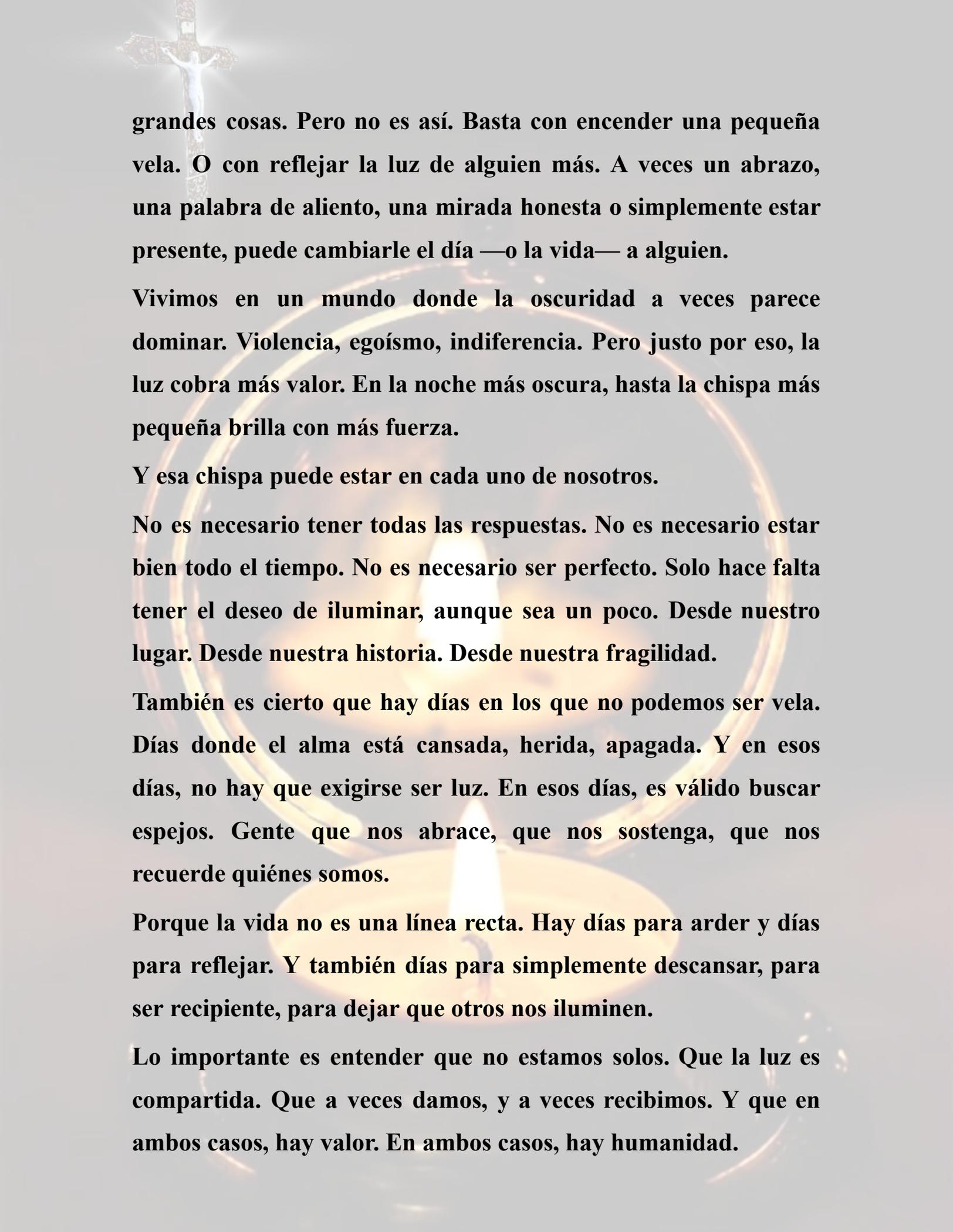
Entonces, una niña llamada Sofía, que solía mirar la vela desde su ventana, tuvo una idea. Tomó un pequeño espejo redondo que tenía y lo colocó justo frente a su ventana, en la dirección en la que solía verse la luz de Clara. Y debajo escribió:

“Donde hubo una luz, debe seguir habiendo esperanza.”

Esa noche, la luna se reflejó en el espejo de Sofía, y una tenue claridad volvió a alumbrar la calle. No era la misma luz, pero algo había allí: una intención, una presencia..

Con el paso de los días, más vecinos comenzaron a colocar espejos en sus ventanas. Algunos con frases, otros solo con reflejos. Y así, lo que comenzó como una simple vela, se transformó en una red de luz reflejada. Clara había sido la vela. Sofía, el espejo. Y entre todos, mantuvieron viva la luz.

Muchas veces creemos que para hacer el bien debemos hacer



grandes cosas. Pero no es así. Basta con encender una pequeña vela. O con reflejar la luz de alguien más. A veces un abrazo, una palabra de aliento, una mirada honesta o simplemente estar presente, puede cambiarle el día —o la vida— a alguien.

Vivimos en un mundo donde la oscuridad a veces parece dominar. Violencia, egoísmo, indiferencia. Pero justo por eso, la luz cobra más valor. En la noche más oscura, hasta la chispa más pequeña brilla con más fuerza.

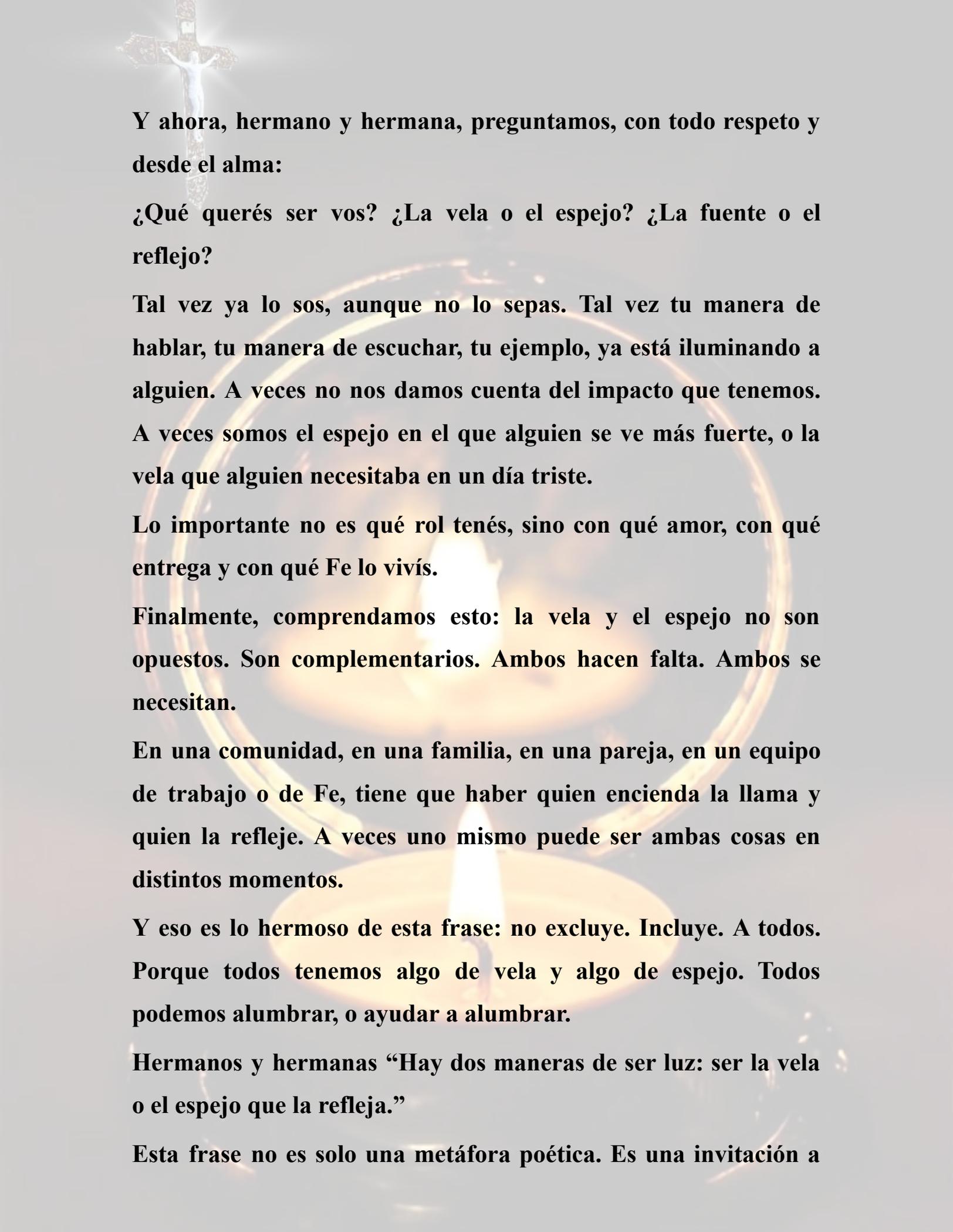
Y esa chispa puede estar en cada uno de nosotros.

No es necesario tener todas las respuestas. No es necesario estar bien todo el tiempo. No es necesario ser perfecto. Solo hace falta tener el deseo de iluminar, aunque sea un poco. Desde nuestro lugar. Desde nuestra historia. Desde nuestra fragilidad.

También es cierto que hay días en los que no podemos ser vela. Días donde el alma está cansada, herida, apagada. Y en esos días, no hay que exigirse ser luz. En esos días, es válido buscar espejos. Gente que nos abrace, que nos sostenga, que nos recuerde quiénes somos.

Porque la vida no es una línea recta. Hay días para arder y días para reflejar. Y también días para simplemente descansar, para ser recipiente, para dejar que otros nos iluminen.

Lo importante es entender que no estamos solos. Que la luz es compartida. Que a veces damos, y a veces recibimos. Y que en ambos casos, hay valor. En ambos casos, hay humanidad.



Y ahora, hermano y hermana, preguntamos, con todo respeto y desde el alma:

¿Qué querés ser vos? ¿La vela o el espejo? ¿La fuente o el reflejo?

Tal vez ya lo sos, aunque no lo sepas. Tal vez tu manera de hablar, tu manera de escuchar, tu ejemplo, ya está iluminando a alguien. A veces no nos damos cuenta del impacto que tenemos. A veces somos el espejo en el que alguien se ve más fuerte, o la vela que alguien necesitaba en un día triste.

Lo importante no es qué rol tenés, sino con qué amor, con qué entrega y con qué Fe lo vivís.

Finalmente, comprendamos esto: la vela y el espejo no son opuestos. Son complementarios. Ambos hacen falta. Ambos se necesitan.

En una comunidad, en una familia, en una pareja, en un equipo de trabajo o de Fe, tiene que haber quien encienda la llama y quien la refleje. A veces uno mismo puede ser ambas cosas en distintos momentos.

Y eso es lo hermoso de esta frase: no excluye. Incluye. A todos. Porque todos tenemos algo de vela y algo de espejo. Todos podemos alumbrar, o ayudar a alumbrar.

Hermanos y hermanas “Hay dos maneras de ser luz: ser la vela o el espejo que la refleja.”

Esta frase no es solo una metáfora poética. Es una invitación a



vivir con sentido. A ser presencia que transforma. A encontrar nuestra forma de iluminar.

La Hermana Teresa nos invita hoy a que nunca se apague en nosotros el deseo de dar luz. Que cuando seamos vela, ardamos con amor. Que cuando seamos espejo, reflejemos lo mejor. Y que si algún día nos sentimos apagados, busquemos otras luces, otros reflejos, otras almas que nos abracen.

Porque al final, no hay mayor riqueza que esa: ser luz para alguien, o permitir que alguien brille a través nuestro.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

